

“LA ISLA DEL TERESO”

CAPITULO DOS

“EL TRIO MERMELADA”

El silbido rasgó la húmeda cortina gris que protegía la Isla dejando pasar – sólo por unos instantes – la mortecina luz de las farolas. Desde los cálidos panales llegaban confusos zumbidos, alterados por algún inarmónico grito imberbe (“jóvenes abejas productoras de testosterona”, los había definido un querido profesor de Biología).

En el confín de la *Tierra Permitida* la tos ronca y atorada de una lancha anunció el crujir de la madera.

Una sombra desgarbada asomó la cabeza desde la esquina de tiza. Miró hacia ambos lados, superó la ochava y avanzó para subir sigilosamente por los gastados escalones de mármol. Se detuvo y pegó su enorme oreja a una puerta con treinta capas de pintura. “*Lo que se mueve se saluda, lo que no se mueve se pinta*”, recordó la sombra y se rió. Otra sombra, de pelo azabache, imitó uno a uno los movimientos de la primera. Permanecieron juntos, agazapados, delante de la puerta amarillenta. Conteniendo la respiración, disfrutaron del instantáneo *subidón* de adrenalina con el corazón galopando. Aguzaron el oído, reprimiendo la risa. Miraron hacia la esquina del edificio señorial desde dónde una criatura, rechonda y rubia, envuelta por la niebla, levantó el pulgar invocando a los dioses que habitaban el oscuro cielo del Sur.

El desgarrador grito rasgó la noche seguido de tres fortísimos golpes en la puerta del panal, retumbando en las descascaradas paredes del internado:

¡¡¡DEEE-EEENNNNN-SSSSOOOOOO!!!!

Las dos figuras salieron escopetadas por el pasillo, impulsadas por gas hilarante. Doblando la esquina se les unió a la carrera el rubio regordete: su jadeo anunciaba el preludio de una inminente apnea. En la siguiente esquina volvieron a girar para desaparecer devorados por la neblina y el silencio.

El eco de esas carcajadas retumbó en la noche del tiempo hasta depositarse para siempre en estas páginas de la PAC.

Como un basilisco, un brigadier larguirucho - desteñido y pálido como las paredes - salió del panal haciendo espasmódicos gestos con los brazos y la cabeza. Detrás, escoltándolo, un saltimbanqui trataba inútilmente de alcanzarlo. Completando el trío, un *chaplin* de negro seguía los pasos, husmeando aquí y allá la oscuridad de los rincones como un sabueso famélico.

¡¡¡Che, Denso, yo creo que salieron para el patio cubierto!!!, les gritó el *chaplin* apuntando con el pie derecho hacia la bita y con el izquierdo hacia el embarcadero.

¡¡¡No Turco, vos andá a buscar a Searlier que está de guardia!!!, dijo el rostro pálido. *¡¡¡Fueron los de 4º otra vez!!!*, sentenció con cara de listo. Y, llevándose el índice al ojo, añadió orgullosamente a sus adláteres: *“Con el Redo tenemos muy estudiado el “modus operandi”*.

¡¡¡Damián, vos vení conmigo que se fueron por acá atrás!!!, ordenó al saltimbanqui y continuó avanzando de forma aparatosa: el brazo derecho adelante acompañando la estrafalaria zancada derecha y el brazo izquierdo con la zancada izquierda.

.....

El **Batata** aprovechó el día de cine de los de 5º para echarse una tardía siestita (la cuarta del día), calentamiento previo antes de irse a la cama “a descansar”. Total, **Marino** ya lo había desahuciado en Abril (*“con Usted, M., es inútil esforzarse... va a saber lo mismo que en Marzoto”*, sentenció luego de saborear el café de probeta *made in Mateo’s*). Con **Giordano** no valía la pena sentirse culpable por su angustia existencial: sus derroteros eran divergentes desde el mismísimo examen trimestral de Mayo, cuando casi la palma de un infarto por un razonamiento que, para él, seguía siendo cuanto menos original. Al **Baco** lo sabría torear en base a llorarle y clamar una consuetudinaria postergación (como si el mero paso del tiempo pudiera indexar sus conocimientos y las deplorables calificaciones). **Surraco** no volvería a llamarlo después del último aplazo: no solía repetir más de tres veces seguidas, salvo para los chistes viejos. El resto era “pan comido”. Incluso francés, que a él no le serviría para nada

(era de Saavedra y no pensaba viajar) y al mítico 5,50 no llegaría nunca. “Vía libre” entonces al torro a discreción y a recuperar las fuerzas perdidas con el *metegol* en el Recreo Mayor.

Se inclinó en la incómoda silla de madera, se apoyó contra la pared de aglomerado y hundió la ensortijada cabeza de *virulana* en la improvisada almohada de pana negra. Treinta segundos tardó Morfeo en transportarlo a su regazo.

.....

Las carcajadas lo despertaron bruscamente. Abrió los ojos y no notó nada nuevo; algunos lo miraban y reprimían la risa: lo habitual. Se desperezó levantando los brazos hasta casi tocar el techo y bostezó como una vaca vieja. Ya quedaría poco para irse a la cama.

De golpe, las puertas de la división se abrieron como las de un *saloon* del oeste americano cortándole en seco el sexto bostezo. Los cuatro de 5º irrumpieron como caballos en una cristalería y ordenaron “***¡¡Cuadrarse todo el mundo!!***”.

El Brigadier más alto, que era el más antiguo y el más pesado, volvió a ordenar silencio y empezó a repasar desconfiada y detenidamente una a una las caras de los presentes. El más bajito, algo timorato, se quedó en la puerta, vigilando la oscuridad mientras el Ayudante de guardia copaba el frente para mantener controlados visualmente a los rehenes.

El de la mirada dicróica intentó imitar al de guardia escrutando a cada uno de los cadetes de 4º, pero desistió en el primer cruce óptico hipertrófico y hundió la cara en el libro de madera que llevaba su compañero bajo el brazo.

A ver, Ustedes tres: ¿por qué no están en su división?, preguntó el brigadier de rostro pálido a tres cadetes que estaban sentados, sospechosamente juntos, en el fondo de la división.

Sin que viniera a cuento, desde la otra esquina, un cadete que ostentaba dos enormes medallas en el pecho respondió que estaba explicándoles a sus compañeros algunos temas para el examen de química que tendrían mañana.

Molesto e insatisfecho, el larguirucho insistió en interrogar a los “otros” cadetes (era evidente que era a ellos a quienes buscaba) apelando a la ironía para que todos supieran que él “*no se chupaba el dedo*”:

¿Y ustedes, qué hacen en esta división?, ¿también vinieron a “explicar” la lección de química a sus compañeros?

El morocho bajito se adelantó y, luego de buscar las miradas cómplices de sus dos secuaces, dijo:

“No, Brigadier, nosotros vinimos porque también estamos muuuy interesados en Química... necesitamos aprobar, Brigadier”. Y sin terminar la frase maquilló la mueca burlona que empezaba a evidenciársele con su típica cara de “*yonofuí*”.

El larguirucho, más molesto aún por la respuesta, trató de disimular la rabia y ordenó *ipso facto* una compensatoria revisión de cajonadas. El resultado final fue de cinco partes de castigo (y un “*Dartagnan*” que leería ese fin de semana) que, si bien no lavaban la afrenta de esa noche, al menos le permitirían compartir la cama con su ego.

El Brigadier de Guardia, que había presenciado toda la escena desde la otra esquina sin decir nada, demostró tener menos prejuicios que sus compañeros lampazos y decidió asumir su responsabilidad. A él no le iban a tomar el pelo justo esos tres. Mirándolos con ojos de hielo los castigó – sin permitir aclaraciones - por “*Permanecer en una división ajena en horas de estudio sin autorización del Ayudante de Guardia*”. Así no se las llevarían de arriba y se les quitarían las ganas de embromar al menos por esa noche. Mañana ya vería.

Antes de salir de la división, el rubio de guardia se volvió sobre sí y echó una mirada general. Se detuvo clavando la mirada gélida en la pared. Algo le había llamado poderosamente la atención. Volvió sobre sus pasos, avanzó entre las sillas y se detuvo delante de la cajonada del cadete con cara de galleta marinera que empezó entonces a mutar del rosa habitual al rojo carmesí.

Dígame M, ¿Usted estuvo durmiendo?, le preguntó sin anestesia.

“Yo, bri...bri...no..no..yo...yo”, tartamudió el cadete sopesando la respuesta entre sorprendido y somnoliento, y adquiriendo para entonces una tonalidad borravino.

“M.: se pasa un parte de castigo por dormir en la división en horas de estudio, ¿comprendió?”, le gritó el Brigadier apuntando en su libreta negra la sanción y reprimiendo – ahora él - una mueca de profunda satisfacción.

“¡¡Comprendido Brigadier!!”, respondió tardíamente la figura de terracota, mientras sus compañeros se descojonaban de risa en sus cajonadas.

La jauría de 5º abandonó la división. Un empate no era un mal resultado en esas circunstancias. De a poco los murmullos fueron *“in crescendo”*.

¡¡¡Qué H.... de P.....!!!, dijo el castigado de las orejas enormes.

“Pero qué turro...qué cagador... qué sorete”, respondió jadeante la criatura rubia ahora en lucha con un espasmo bronquial. **“Nos forró porque el Denso no pudo agarrarnos... yo mañana lo aclaro”**.

“Bueno, la venganza se sirve fría, ¿verdad?”, dijo el morocho de los ojos vivos. Y añadió explotando de risa: **¿Che, vieron la cara del Virola cuando se puso delante?...**

La estruendosa carcajada de toda la división fue ahogada en seco por el timbre que anunciaba retreta. La marea negra salió corriendo rumbo al patio cubierto entre ruidos de cajonadas, candados y choque de borceguíes.

En la pared de la división, ahora vacía, quedó pintado con tiza el “Perfil de cadete torrando” que habían dibujado minutos antes del castigo. Extrañamente, no pudo borrarse totalmente...hasta la siguiente mano de pintura que llegaría unos años después con unos azulejos de dudoso gusto.

En la formación M. seguía repitiendo, como una letanía, la misma pregunta sin obtener más que risas por respuesta:

Che... pero...¿Quién fue el güacho que me pintó torrando en la pared?. Te aseguro que el ruso ese me las paga...pero qué sorete!!.

.....

Corría el **Jueves 11 de Agosto de 1977**. En un camarote del segundo piso del edificio señorial de la Isla, un oficial de 27 años que acababa de regresar luego de dos días de “Comisión de servicios” en Buenos Aires, explotaba en un ataque de ansiedad mientras se cambiaba de uniforme. Ese día había sido para él revelador. Ahora le tocaba bajar al patio cubierto a dirigir la formación de retreta de *esos* jóvenes cadetes.

Sin ganas, se lavó la cara por tercera vez, se miró al espejo mientras se ajustaba el nudo de la corbata y tomó todo el aire de Río Santiago que pudo. Sin saber exactamente por qué – en un acto reflejo – empezó a tararear el Himno Nacional.

Fue entonces, al sonar la sirena del astillero, cuándo supo que estudiaría Derecho.

(To be continuous...)

**Dr. G.
Para la PAC 2009**